

Conducir lloviendo y llorando nunca es una buena idea. Menos aún cuando uno solo tiene ganas de morirse...

**Año 1961.**

*-Aguanta, aguanta; venga hombre, aguanta, quédate conmigo.*

El flamante Gordini derrapó en una curva muy cerrada. Los pequeños mojones de piedra que delimitaban la carretera no fueron suficiente obstáculo para que el coche, que circulaba a una velocidad excesiva, se los llevase por delante. Tras varias vueltas de campana, el auto azul fue a parar a una hondonada. La presencia milagrosa de una densa masa de arbustos a lo largo de la ladera amortiguó la caída, salvando al conductor de una muerte instantánea.

*-Aguanta, aguanta; venga hombre, aguanta, quédate conmigo.*

Atrapado en el interior del vehículo como una rata en una ratonera, Ernesto piensa que más que como un inconsciente, en verdad se ha comportado como un verdadero temerario; incluso llega a creer en su fuero interno que ha provocado adrede el accidente. Está malherido y atolondrado. Lloro. Pero no de dolor, sino de rabia. El dolor que le infligen las heridas es infinitamente menor que el desgarramiento que siente en el alma.

*-Aguanta, aguanta; venga hombre, aguanta, quédate conmigo.*

Ernesto había roto su compromiso con su novia hacía unas horas, cuando tan solo quedaban dos semanas escasas para la boda. Se sentía culpable, y superado por los acontecimientos. Casarse cimentaría una mentira de dimensiones colosales de la que se derivarían consecuencias incontrolables que solo conducirían a un derramamiento de desdicha. Seguir con esa representación estaba fuera de lugar. Ni mucho menos podía continuar engañándola de esa manera; ni engañándose a sí mismo. Ni quería ni estaba dispuesto a ser el responsable de la infelicidad de ella y de la suya. Callar la verdad no sería justo; incurriría en una traición hacia ella y supondría un cargo de conciencia, un verdadero tormento para él. Estaba preparado para librarse del peso que llevaba encima. Por fin había comprendido que era un acto de madurez afrontar la realidad; tanto como acabar con aquella

# QUEDATE CONMIGO

don Juan Balbuena

pantomima por más que eso lo dejase a los pies de la incomprensión y el rechazo social. Aun así, asumiría el coste. Y esperaría paciente a que las aguas volviesen a su cauce. Porque estaba convencido de que tarde o temprano lo harían. Mas no había contado con que su decisión también le acarrearía la incomprensión y el desamparo de su familia. Nunca imaginó que la reacción salvaje de su padre y, sobre todo, el silencio mortuorio de su madre se alzarían como una losa lapidaria que habría de caer sobre él a plomo.

*-Aguanta, aguanta; venga hombre, aguanta, quédate conmigo.*

Apenas media hora antes Ernesto le había desvelado a su madre *su secreto*. Al zambullirse en su acristalada mirada, él supo entrever que ella lo conocía desde hacía muchos años, desde que era un niño y veía cómo se disfrazaba a escondidas con sus vestidos y zapatos, algo que ella quería ver solo como una simple y tonta travesura. Porque aunque no era ajena a las inclinaciones de su hijo, ella siempre albergó la esperanza de que aquello solo fuese algo... un desliz pasajero... una minucia que se curaría con el tiempo. Pero en el fondo, la madre siempre temió que llegase el momento en el que su hijo, de propia voz, diese forma a sus temores. El padre, que escuchó la conversación desde detrás de la puerta, entró en la habitación encolerizado. Parecía un perro rabioso, echando insultos y espumarajos por la boca. Le vociferó que se marchara de la casa. Para demostrarle que sus palabras no eran ni mucho menos un farol, lo cogió por el brazo y, casi arrastrándolo, lo echó a la calle de un empujón, dejándolo caer al suelo. Viéndose tirado, Ernesto se sintió despreciable, indigno de ser querido o respetado. Aterido y empapado por la incesante lluvia, que formaba charcos que espejaban en el asfalto, el joven contempló el rostro descompuesto de su madre, anegado de lágrimas, y la cara de su padre, desencajada por la ira mientras le gritaba:

-¡No quiero volver a verte en mi vida, depravado, y no vuelvas por aquí jamás! ¡¡Para nosotros has muerto!! –Sentenció sin dejar pronunciar una sola palabra a su esposa.

Después escuchó un tremendo portazo que partió en dos el silencio de la noche... que hizo temblar el óleo ambarino de luz que dibujaban las farolas... que resonó en sus entrañas como un trueno en mitad de una montaña.

*-Aguanta, aguanta; venga hombre, aguanta, quédate conmigo.*

Tomó su coche y se lanzó a la carretera, sin importarle la dirección a seguir. Dio un volantazo.

*-Aguanta, aguanta; venga hombre, aguanta, quédate conmigo.*

Ya no le quedaban fuerzas para seguir viviendo; ni tenía ganas. Sentía frío; la vorágine de un helor tremendo quemando el interior de su cuerpo. Notó como apretaban su mano, la extraña frialdad de otra piel insuflándole calidez en su torrente sanguíneo.

*. -Aguanta, aguanta; venga hombre, aguanta, quédate conmigo.*

Miró la mano que sujetaba la suya. El dorso estaba arrugado, y cubierto por una pátina traslúcida cuajada de manchas que denotaban vejez y experiencia, y bajo la cual se adivinaba un jeroglífico de venas y capilares por el que podía intuirse el circular despacioso de la sangre. En el dedo anular destacaba una alianza de boda, el oro reluciendo en la oscuridad. Clavó sus ojos en los de la persona que le hablaba; en el fondo de ellos encontró una luz que irradiaba felicidad, agradecimiento... despedida. Los párpados, como telones de plomo, se le fueron cerrando sin que pudiese hacer nada por evitarlo. La respiración, lenta y entrecortada, fue sumiendo a Ernesto en una soporífera inconsciencia mientras escuchaba aquella voz de matices añejos, cada vez más lejana:

*-Aguanta, aguanta; venga hombre, aguanta, quédate conmigo.*

La noche se cerró en una agonía interminable...

Ernesto recuperó el conocimiento a las dos semanas de haber ingresado en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte. Nadie había ni junto a la cabecera ni al pie de su cama. La triste mirada de la enfermera, su silencio compasivo, dieron respuesta a sus continuas preguntas, dejándolo abrigado bajo un sudario de soledad en medio de una atmosfera impregnada de nauseabundos aromas de cloroformo. Tampoco nadie supo decirle nada de la persona que le acompañó hasta que lo rescataron de entre el amasijo de hierros en el que quedó convertido su flamante Gordini.

Si Ernesto salió adelante fue, sin duda, porque encontró en Rafael, celador del hospital, el apoyo que perdió de su familia y amigos. Fueron varios meses de dura recuperación los que tuvo que soportar Ernesto. Pero en todo momento sintió el aliento infatigable y desinteresado de Rafael, quien procuraba estar presente en todas las sesiones en el gimnasio del hospital para apoyar a su nuevo amigo. Sin un hogar al que poder acudir, Ernesto se instaló en la casa de Rafael tras recibir el alta médica.

# QUEDATE CONMIGO

don Juan Balbuena

Una mirada, un gesto, un roce... comprensión, complicidad... confianza, respeto... amor. Todo estuvo dicho sin necesidad de pronunciar palabra, dejando hablar a los cuerpos, incitados por la pasión y los sentimientos.

## **En el Salón de Plenos de un Ayuntamiento. Verano de 2005.**

No ha sido fácil el camino hasta llegar aquí. Tuvieron que sortear muchas dificultades, muchas miradas de recelo, cuchicheos, burlas... insultos. Han afrontado la intolerancia mano con mano, sin desfallecer. Quizá por eso, la recompensa fue ver cómo se reforzaba su amor y cómo iban solidificándose, más si cabe, los pilares de su convivencia. Porque creyeron y aún hoy creen ciegamente el uno en el otro; en el respeto que se prodigan; en la mutua admiración que se tienen; en los sentimientos que despierta el uno en el otro y en la manera de afrontarlos y expresarlos.

El balance de estos 44 años, un periodo de luces pero también de sombras, es tremendamente positivo para su relación, tanto que han decidió casarse.

### **Epílogo:**

Justo al terminar la ceremonia, Rafael, diez años mayor que Ernesto, cayó al suelo desplomado. Su ya marido, asustado y con lágrimas en los ojos, intentó ayudarlo. Al tomar la mano de Rafael, Ernesto quedó conmocionado, como si de pronto hubiese recordado algo que tenía arrinconado en el fondo más oscuro de su cabeza. Miró a Rafael. En sus ojos encontró la luz de la felicidad, del agradecimiento... de la despedida. Con un hálito de voz, Rafael le pidió a Ernesto que se acercase. Le susurró al oído:

-Nunca te he dicho que si no hubieses aparecido en mi vida yo ya no estaría aquí desde hace muchos, muchos años. Unos días antes de conocerte había pensado quitarme de en medio de una vez por todas. Era un infeliz. Tenía miedo, dudas, preguntas... no comprendía qué me pasaba, por qué vivía tan atormentado. Necesitaba que alguien me rescatase del pozo en el que estaba encerrado. Y entonces tú apareciste por el hospital... Sentí como si te conociera de siempre, como si hubiera compartido contigo toda la larga vida que yo aún no había vivido y que en ese mismo instante quise vivir junto a ti. Nunca más tuve esos negros pensamientos cruzándose por mi cabeza. ¿Sabes? La

# QUEDATE CONMIGO

don Juan Balbuena

verdad es que me pregunto qué pude hacer yo para merecerte, para haber recibido el regalo de compartir mi vida contigo.

-Yo sí sé lo que hiciste.

-¿El qué?

-Salvarme de mí mismo.

Una lágrima saltó al vacío desde el lagrimal de Ernesto. Fue a encontrarse con una lágrima que recorría el rostro de Rafael. Sabiendo que sus palabras iban a ser del todo inútiles, Ernesto le dijo a Rafael:

-Aguanta, aguanta; venga hombre, aguanta, quédate conmigo.

Rafael cerró los ojos. Esbozó una sonrisa. Ernesto apretó con ternura la mano de Rafael, que estaba invadida por una extraña frialdad que a él le insufló calidez en su torrente sanguíneo. Reconoció en esa mano la misma mano que sostuvo la suya aquel lejano día del accidente, una mano cuyo dorso estaba arrugado, y cubierto por una pátina traslúcida cuajada de manchas que denotaban vejez y experiencia, y bajo la cual se adivinaba un jeroglífico de venas y capilares por el que podía intuirse el circular despacioso de la sangre. En el dedo anular destacaba la alianza de boda, el oro reluciendo en la oscuridad. Ernesto volvió a susurrar:

-Aguanta, aguanta; venga hombre, aguanta, quédate conmigo.